

## ARTÍCULOS

### LA COMUNIDAD EN LA ACTUAL TRANSFORMACIÓN SOCIAL Y ECLESIAL<sup>1</sup>

#### Introducción

Con espíritu de obediencia y docilidad a las orientaciones y directivas que el Espíritu dicta a la Iglesia de nuestro tiempo, y siguiendo el ejemplo de la Iglesia que ha vuelto su mirada sobre sí misma para descubrirse y conocerse mejor en su realidad más íntima pareció necesario dedicar un momento de reflexión sobre el contenido humano-espiritual de nuestras Instituciones comunitarias en la Iglesia y en las presentes circunstancias históricas del mundo en que nos toca vivir y que llevan el sello de las más fundamentales y aceleradas transformaciones.

La Comunidad ocupa la mente y es objeto de las preocupaciones y reflexiones del hombre de hoy, tal vez como nunca lo ha sido, e invade todas las áreas del quehacer humano y espiritual, desde el mundo de la economía hasta las esferas del espíritu y de la vida religiosa.

El redescubrimiento y la toma de conciencia del profundo significado humano y cristiano de la comunidad reviste para nosotros particular importancia por su inmediata incidencia sobre las Instituciones cenobíticas, que, de acuerdo a las normas establecidas en la Regla de san Benito intentan ofrecer un testimonio de vida comunitaria.

Esta exposición no pretende sino despertar una mayor conciencia frente a uno de los fundamentos más ricos y auténticos de nuestra espiritualidad eclesial y benedictina la comunidad que nos lleve a vivir y a rendir el testimonio de fraternidad universal que el mundo y la Iglesia reclaman y cuya meta es la comunidad de los redimidos en el misterio de la filiación divina bajo la unción del Espíritu de Amor.

En primer lugar se tratará de presentar la comunidad en la actual transformación social; luego se considerará más detenidamente la comunidad eclesial de acuerdo a los signos de nuestro tiempo; como conclusión se verá más claro, así lo esperamos, cuál es la ubicación de la comunidad benedictina en el presente de la Iglesia y del mundo latinoamericano.

#### *Primera Parte*

#### **La comunidad en la actual transformación social**

Quede sentado desde el comienzo que si existió un problema sujeto a los más varios vaivenes de la evolución histórica en todos los órdenes es el de la comunidad, de modo que las actuales transformaciones sociales no han surgido repentinamente, sino que son fruto de las acciones y reacciones que siglos de historia han aportado con un coeficiente no siempre de positividad, cuya impronta está inscrita aún hoy y lo estará en el mañana de la historia, dada la condición del hombre que perdió el sentido de Dios y por lo mismo perdió también el sentido global del hombre.

---

<sup>1</sup> Esta exposición presentada en la reunión de la Conferencia de Superiores Monásticos realizada en San Benito de Buenos Aires, aparece ahora en *Cuadernos Monásticos*, sin haber sido actualizada luego de los *Documentos de Medellín* que mucho agregan a lo expresado en la misma.

## *1. El problema social y su concientización*

Dos hechos parecieran marcar el curso de la historia humana, sobre todo en lo referente a la cuestión social.

Por una parte pareciera que la humanidad debía sucumbir en el ostracismo de las más graves miserias, para comenzar a surgir de ese estado; el mundo entero debía sentirse conmovido por tal situación para comenzar a promover soluciones a tales problemas con espíritu de amor y solidaridad. Pablo VI dice al respecto que “hoy el hecho más importante del que todos deben tomar conciencia es el de que la cuestión social ha tomado una dimensión mundial” y de que “los pueblos hambrientos interpelan hoy con acento dramático a los pueblos opulentos” (P.P. 3)<sup>2</sup>.

Por otra parte, pareciera que sólo a través de conflictos de tal envergadura se llega a tomar conciencia de la magnitud de los problemas despertando un nuevo sentido de solidaridad. No es que los problemas y conflictos sociales no hayan existido, como puede observarse en la época de la revolución industrial y de la libre competencia, sin embargo hoy han tomado dimensiones mundiales, y sobre todo, las clases humildes y los pueblos en vía de desarrollo que viven, en condiciones de vida y de trabajo indignas de la persona humana” y frente a las “disparidades hirientes” han tomado conciencia de su “miseria no merecida” y claman angustiosamente por “hacer, conocer y tener más, para ser más” y poder así compartir con iguales derechos el pan en la mesa de la vida.

## *2. Hacia un mayor sentido de solidaridad*

El sistema industrial liberal del siglo pasado trajo como consecuencia la sublevación del proletariado, el socialismo y el comunismo. La pobreza y la injusticia condujo a una nueva solidaridad en el proletariado que cerró filas en la “lucha de clases” contra el sistema del liberalismo capitalista que alienaba la persona del trabajador, al considerar el trabajo humano como simple objeto de mercado.

La última evolución económica se orienta hacia una economía planificada a nivel internacional con complejas, anónimas y no siempre claras redes de interdependencia; el mercado internacional estrecha vínculos a nivel mundial; estas relaciones económicas corroboran las mismas en el orden social, cultural y político. Si bien este acercamiento no está exento de lo que se ha llamado “imperialismo internacional del dinero” o “neocolonialismo” bajo formas disimuladas de ayuda financiera o de asistencia técnica, encaminado a la conquista de una “hegemonía dominadora” (P.P. 52), con todo, la interdependencia mundial ha cambiado el curso de la historia: las naciones ya no pueden subsistir aisladas.

Por otra parte el desarrollo y el progreso de las ciencias, de la técnica y de los medios de comunicación social a escala mundial han conducido a tal dominio del cosmos y de la marcha de la historia que no sólo permiten descubrir en el pasado las fuerzas determinantes de los movimientos y oscilaciones humanos, sino que permiten prever el futuro y aún más, modificar e imprimir determinados rumbos al pensamiento. El conocimiento de la historia, de las ciencias biológicas, de la psicología y de la técnica con el uso de los más modernos medios de comunicación social permiten hoy su aplicación con tal eficiencia y precisión que se transforma en un instrumento al servicio del hombre de valor imponderable, que lleva una carga enorme de unificación, aunque no raras veces se vea distorsionado bajo formas ocultas de presiones avasalladoras; el dominio en este campo lleva un ritmo tal de aceleración que escapa, incluso a las personas más capacitadas y entra en la trama de las relaciones institucionales mundiales. “Tal es esto así que se puede ya hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural” que somete la historia “a un proceso tal de aceleración que apenas es posible al hombre seguirla” (GS 4,5).

Sin embargo el progreso no consiste sólo en el aumento de las relaciones de interdependencia; esta sola dimensión, si no va acompañada y animada de un sentido plenamente humano lleva a las “tecnocracias

---

<sup>2</sup> Las siglas: “P.P.” significan “Populorum Progressio” y el número corresponde a la edición castellana; “GS” significa “Gaudium et Spes” y el número corresponde a la edición de los Documentos conciliares de BAC.

más inhumanas”. Con todo, no se puede dudar de que en estos momentos la conciencia de la humanidad sufre y se debate por superar esta problemática. Se ha tomado conciencia de que el hombre es el artífice y beneficiario del progreso; la persona de todo hombre tiene derechos igualitarios y el respeto de los derechos de todos es respeto de la persona de todos. La evolución ha llevado a una toma de conciencia de la justicia social. Frente a esta situación el hombre ha tomado conciencia de un fenómeno de capital importancia, que lo saca del individualismo, ya sea en defensa de sus derechos, ya sea abriendo horizontes hacia un nuevo humanismo más solidario y más fraterno. Lo que domina actualmente en la historia de los hombres es el hecho general e irreversible de la unificación del mundo, en medio de la más grande diversificación, con la participación de todos como artífices y coresponsables, en una coherente integración que tiende a eliminar sistemas políticos de sectores minoritarios o de grupos de privilegiados, o de planteos basados sobre la lucha de clases, con nuevos enfoques más democráticos en un esfuerzo de maduración desde las bases por medio de la promoción y el desarrollo y creando nuevos organismos internacionales que afirmen y promuevan esta nueva dinámica de la historia.

La sola iniciativa individual y el simple juego de la competencia no serán suficientes, dice Pablo VI; los programas son necesarios para “animar, estimular, coordinar, suplir e integrar” la acción conjunta de los individuos y de los cuerpos intermedios y lograr así la integración “salvaguardando el ejercicio de los derechos fundamentales de la persona humana” (P.P. 33).

Las condiciones infrahumanas, el hambre, la miseria, los conflictos bélicos manifiestan que el mundo aún “está enfermo y su mal está menos en la esterilización de los recursos y en su acaparamiento por parte de algunos, que en la falta de fraternidad entre los hombres y entre los pueblos” (P.P. 66).

Sin embargo, sea cual fuere la gravedad de las crisis por las que la humanidad tenga todavía que atravesar, los hombres son cada vez más solidarios Pablo VI y el Concilio lo afirman: “la solidaridad es un hecho, un beneficio y un deber” (P.P. 17) “se va sintiendo y haciendo una única comunidad en el mundo” (GS 33).

### *3. Deber de promover la comunidad*

Es necesario prepararse y capacitarse para asumir la responsabilidad en la promoción de la comunidad utilizando los recursos que el progreso pone a disposición del hombre y hay que estimular en todos la voluntad de participar en los esfuerzos comunes (GS 31). Nadie por despreocupación frente a la realidad o por pura inercia puede conformarse con una “ética meramente individualista” (GS 30).

Los países ya desarrollados tienen la obligación gravísima de ayudar a los países en vía de desarrollo (P.P. 4). Pero esta ayuda será un medio para que ellos mismos sean los artífices de su desarrollo. “La solidaridad mundial, cada día más eficiente debe permitir, a todos los pueblos llegar a ser, por sí mismos, artífices de su destino” (P.P. 55, 65).

Raíz de esta obligación es la fraternidad humana y sobrenatural que se presenta bajo un triple aspecto: Deber de solidaridad para la ayuda de las naciones en vía de desarrollo; deber de justicia social enderezando las relaciones comerciales defectuosas; deber de caridad universal por la promoción de un mundo más humano para todos. La cuestión es grave ya que el porvenir de la civilización mundial depende de ello” (P.P. 44).

### *4. Fraternidad humana trascendente*

La aspiración por la unificación del género humano ha llegado a las profundidades de la conciencia y se puede decir que “es la revolución del siglo XX” (Jacques Leclercq, cf. *Criterio* N° 1355, pp. 326 y ss.)

Pareciera descubrirse, en este mundo cambiante, que la marcha de la historia, de cuño netamente hegeliano, lleva necesariamente hacia otra dimensión del hombre, en un salto verdaderamente dialéctico,

donde se encuentre el sentido auténtico del hombre y la verdadera experiencia de la comunidad que el materialismo de Marx nunca pudo encontrar: la nueva comunidad de los hombres que deberá insertarse en la historia divina de la vida trinitaria, donde reina, no el antagonismo de clases ni las diferencias sociales, sino la comunión de vida en el amor del Espíritu.

A la Iglesia pertenece dar vida y espíritu a los esfuerzos más desconcertantes y que por caminos muchas veces inverosímiles tienden en su profundidad hacia esta realidad plena.

## *Segunda parte*

### **La nueva comunidad eclesial**

Con humilde respeto y sincero afecto debemos ver en la Iglesia, Esposa de Cristo y Pueblo de Dios del que somos y nos sentimos miembros, el leal esfuerzo por congregar a todos los hombres en una verdadera comunidad de fe, esperanza y caridad. En efecto, es la Iglesia la única comunidad que ha reunido a sus representantes de todo el mundo para examinarse y renovarse en una auténtica actitud de revisión de vida, y responder mejor a la misión que le asignara su Fundador. Consciente de su realidad histórica y humana supo confesar ante el mundo sus fallos históricos; consciente también de su realidad y misión divina supo ofrecer al mundo su colaboración desinteresada para conducir a la comunidad de los hombres hacia la realización plena de su vocación humano-divina.

En este esfuerzo iniciado decididamente con el Concilio Vaticano II, sin embargo, hay que prevenir el peligro de un fácil *aggiornamento* que se supone puede transformar el mundo como por “toque de varita mágica”. El problema llega a las profundidades de la conciencia humana donde entra en juego la libertad, la misma fe y la salvación. De allí que no bastan los mensajes de paz, de solidaridad, de fraternidad; no bastan los cambios de métodos, de sistemas en la transmisión del mensaje evangélico; no basta el cambio de estructuras externas y la apertura al diálogo por más apremiantes que sean. Es necesario un testimonio de vida que significa una purificación, una *kenosis* total, y una transparencia pura, que muestren el verdadero rostro de Dios presente en la historia liberando al hombre de todas las esclavitudes inhumanas y que le abra el camino hacia la verdadera felicidad y libertad humano - divina.

#### *1. El humanismo ateo*

No se pretende, en estas páginas, analizar el complejo problema del ateísmo, sino solamente considerar uno de los aspectos que al parecer, revisten especial importancia por el tema que se desarrolla.

El único signo que Cristo dejó a sus discípulos para que el mundo creyera es el signo de la unidad en la caridad. No pareciera aventurado pensar que la raíz del ateísmo está en la falta del testimonio de la comunidad de caridad; el testimonio viviente, concreto y palpable realmente insertado en la historia de la humanidad de la comunidad evangélica. Sobre todo en nuestros países latinoamericanos la negación de Dios o de la religión responde más a problemas prácticos que a ideologías científicas; más bien se trata de la negación de la presencia de Dios en el mundo, la prescindencia del Dios lejano que no aparece en la textura de la vida de la sociedad. Faltan signos que manifiesten la presencia e invasión del amor indefectible del Dios encarnado; la buena noticia, el Evangelio, todavía no se les ha hecho palpable.

Por paradójico que parezca, la negación de Dios, que “no es un hecho insólito” se presenta como exigencia de un “humanismo nuevo” (GS 7) y es precisamente éste, el mensaje que trajo Cristo en su encarnación, El Concilio nos dice que “en la génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado, el genuino rostro de Dios y de la religión” (GS 19).

No cabe duda que la negación de Dios es debida en gran parte a la imagen que la Iglesia presenta del Dios que redime y salva; y tal vez se puede afirmar que un cierto fallo histórico del cristianismo haya llevado a muchos a buscar en el ateísmo aquello mismo que anunciaba el Evangelio pero que no tuvo una proyección real y tangible; la religión pudo Aparecer como demasiado abstracta y lejana de la realidad.

Las corrientes del humanismo ateo tienen la convicción de que el hombre no es una idea, de que es inseparable de los hechos y que si trasciende el dato concreto, debe concebirse como un continuo ir más allá, pero no como un salto especulativo, no como un recurso refugiándose en una realidad superior o interior independiente de la realidad histórica, sino como un “desbordar el dato concreto para hacer surgir de él otras significaciones inéditas” (Jolif).

El recurso a la esencia de Dios, a la esencia de la religión, más aún, a una realidad de ultratumba para eludir una objeción frente a una situación histórica deficiente, como si con ello el cristianismo permaneciera íntegro e incontaminado por encima de la historia o como si Dios fuera una realidad objetiva totalmente trascendente, fuera de la realidad plenamente histórica, condena al cristianismo a ser considerado como encerrado en el mundo de la abstracción.

Para el humanista ateo, buscar a Dios más allá o más acá de la realidad histórica es “soltar la presa por la sombra”.

Si es justo reconocer que pueden ser múltiples los factores que inciden en la crisis de fe, con todo no se puede negar que también el cristianismo pudo haber tenido parte no pequeña. Un cristianismo que a sus ojos no ha sabido asumir, orientar y comprometerse con la historia. El recurso demasiado frecuente hacia otra realidad oculta o espiritual donde se encontraría la felicidad deseada, provoca una reacción negativa y defectuosa por la que se juzga al Dios como inexistente, puesto que está ausente de la historia, y al cristianismo, como una religión que habla, predica, propone grandes principios de fraternidad, de paz, de felicidad; pero que no es capaz de proyectarlos en la historia; el recurso a otra realidad transhistórica no hace sino minimizar los valores de la historia y aparece como insensible frente a los problemas humanos; o bien la presentación de grandes ideas rectoras del pensamiento cristiano, en contradicción con la situación real crea la impresión de que se provoca una escisión entre la vida humana, la religión y Dios. El subdesarrollo, la injusticia social, manifiestan el fracaso de una organización cristiana de la solidaridad entre los hombres y los pueblos (Lepargneur).

El mundo de hoy y especialmente el mundo latinoamericano necesita signos manifiestos, que realmente demuestren el interés de la Iglesia por el hombre concreto, Más que de palabras, más que de ortodoxia de las ideas, la conciencia cristiana pide el testimonio de una comunidad eclesial que actúe como fermento en la masa. El núcleo del problema no es Dios, sino más bien, el cristianismo que corre a destiempo con la historia y sobre todo, la falta del signo más eficiente: la comunidad evangélica y peregrina. De allí que el mejor remedio contra el ateísmo, según el Concilio, será el testimonio de amor fraterno y de unidad de los fieles, pues con ello harán presentes y como visibles a Dios Padre y a su Hijo encarnado en el Espíritu de Amor (GS 21).

El hombre moderno está apartado de la Iglesia y de la fe; el mensaje cristiano ya no atrae porque no tiene conexión con la situación humana contemporánea. El diálogo con el mundo sólo es posible por el interés común con los hombres de esta cultura y por la convicción de que el orden secular tiene un destino que lo trasciende pero que no lo absorbe, como lo recuerda Pablo VI. “Lejos de ser la norma última de los valores, el hombre no se realiza a sí mismo si no es superándose, según la tan acertada expresión de Pascal: el hombre supera infinitamente al hombre... porque por su inserción en el Cristo vivo, tiene el camino abierto hacia un progreso nuevo, hacia un humanismo trascendental que le da su mayor plenitud” (P.P. 42, 16).

## *2. Actitud de diálogo*

Si el Concilio ofrece la “sincera colaboración de la Iglesia para lograr la fraternidad universal” (GS 3), la Iglesia deberá asumir una actitud fundamental de escuchar al hombre moderno en su situación existencial, una actitud de conocimiento y de comprensión. Tarea primera del cristianismo será demostrar que si es el heraldo de la fraternidad y de la comunidad, puede realmente objetivarse y realizarse en las condiciones concretas de la historia del presente en un encuentro de amor con todos los hombres.

Es así que el pueblo de Dios no puede dar prueba mayor de solidaridad, respeto y amor por toda la familia humana que la de dialogar con ella acerca de todos los problemas, la de volverse hacia la sociedad humana, el hombre todo entero, cuerpo, alma, corazón, conciencia, inteligencia y voluntad (GS 3).

La comunidad cristiana, integrada por hombres reunidos en Cristo y guiada por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el Reino del Padre, lejos de ser arrancada de sí misma para proyectarse sobre un dominio extraño, es introducida en una plenitud de vida divina que en última instancia es vida para el hombre; es por ello que la Iglesia “se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia” (GS 1) y se siente transmisora del plan divino “sobre la entera vocación del hombre” (GS 11); como Cristo, comenzará curando a los enfermos, liberando a los cautivos e iluminando a los ciegos.

### *3 Comunidad de caridad y presencia de Dios*

El amor fraterno vivido en la Iglesia es el signo de la presencia de Dios en la historia. Esta doctrina de la Iglesia, a la luz de la teología concreta de nuestro tiempo, deberá presentar en gran parte formas nuevas en las que aparezca que no existe ninguna escisión ni tensión entre el amor de Dios y el amor del prójimo; que muestra claramente la unidad de este amor doble y único que se reduce a una disponibilidad interior activa para la comunión con el prójimo. Esta unidad de la caridad auténtica y evangélica nunca tal vez haya sido tan necesaria como hoy a los cristianos, en una visión más concreta y más universal de la comunión y amistad.

Los exegetas saben hoy que la expresión “amor de Dios” del Nuevo Testamento, en la inmensa mayoría de los casos, indica el amor de Dios hacia los hombres; en lenguaje técnico, se trata de un genitivo de origen. Esto manifiesta la actitud interior y práctica de la Iglesia continuadora de la obra de Cristo, actitud de profundo amor al hombre como fundamental actitud cristiana. No podemos dejar de observar que en una teología demasiado formalista, especulativa y abstracta se estableció indebidamente y con demasiada frecuencia, a nivel de la experiencia cristiana, una distinción y una jerarquía entre el amor de Dios (hacia Dios) y el amor del prójimo (hacia el prójimo). Con ello se corrió el riesgo de favorecer una religión de evasión, o de minimizar el valor del amor al Prójimo. Los grandes teólogos de la edad patristica y de la edad media tenían una visión exacta y clara de esta realidad (Féret).

Esto nos lleva a considerar un fenómeno notable de nuestro tiempo. Asistimos hoy a un movimiento que reacciona frente a una actitud de decisiones parciales y excluyentes. Esto se expresa con frecuencia con los términos de verticalidad y horizontalidad, de trascendencia e inmanencia, de escatología y encarnación. La verticalidad indicaría una actitud que se orienta hacia Dios, el Dios que está en lo alto, en el cielo, fuera de la realidad histórica. La horizontalidad, en cambio, indicaría el encuentro con Dios por mediación de Cristo en el prójimo.

Podría pensarse que uno de los signos de los tiempos actuales es la actitud de romper con posiciones extremas y excluyentes y de búsqueda de una integración más plena. Dejando de lado expresiones un tanto mitológicas (Dios en lo alto), se busca hoy en el compromiso cristiano y en la entrega al prójimo transmitir un mensaje de salvación que conducirá a la comunidad humana a una vivencia plena del amor en la contemplación de la comunidad trinitaria.

A la luz de la teología concreta e histórica, la realización del plan salvífico de Dios en la historia consiste primordialmente en ser testigos de la invasión plena del amor indefectible de Dios por la Encarnación. El

amor fraterno es el mandamiento nuevo del Reino y es el signo de la presencia de Dios; la misión del Espíritu Santo en el pueblo de Dios es llevar a la plenitud la fraternidad universal en el amor y comunión de vida que Cristo trajo haciéndonos hijos de Dios y constituyéndose primogénito entre muchos hermanos. En esta perspectiva, podemos comprender hoy de qué manera tan profundamente nueva el amor fraterno debe ser el signo de la venida de Dios en la vida de los hombres. Esta realidad profundamente antropológica y teológica podría sintetizarse de este modo: filiación divina en Cristo que asume, no absorbe, la naturaleza humana; fraternidad real, no meramente jurídica de los miembros del pueblo de Dios; comunión plena de un mismo amor en el misterio del Espíritu Santo. El sello de la perfección será el amor. Esto es tan cierto que la venida escatológica de Cristo será para enjuiciar sobre el testimonio del amor de los cristianos. La orientación y la dinámica del amor evangélico arranca y se proyecta sobre los hermanos en los cuales se encuentra a Cristo.

En un momento en que el movimiento de socialización universal adquiere características irreversibles, el amor fraterno, la caridad cristiana, reviste suma importancia; inmensa es la responsabilidad de la Iglesia en el presente y frente al futuro; solamente si somos conscientes de esta situación histórica y asumimos la responsabilidad que nos incumbe seremos los artífices y los “testigos de un nuevo humanismo en el que el hombre queda definido principalmente por su responsabilidad hacia sus hermanos y frente a la historia” (GS 55).

#### *4. Creación de comunidades carismáticas*

La transformación más importante y urgente que se impone a la Iglesia en esta encrucijada de la historia es seguramente la de las comunidades eclesiales. Urge la creación de comunidades que se insertarán en las profundidades sociológicas y espirituales del hombre de hoy; la creación de comunidades de intensa vitalidad eclesial abiertas a una dimensión humana universal; libres de todo lo que pueda significar “monolitismo ideológico” o “espíritu gregario” en el respeto de la irreductibilidad personal de toda vocación humana.

Pero sobre todo será necesario que surjan o resurjan las comunidades donde el dinamismo vital y carismático del Espíritu de Amor, sea signo claro de la presencia de Dios ante las naciones, de modo que el mundo descubra su vocación humano-divina en una unidad indestructible, cuya meta será la oración y la contemplación en la comunión del mismo Espíritu.

#### *5. Cambio de estructuras*

Llegó el momento de someternos a una objetiva y evangélica reflexión bajo la luz de la fe inundada de comprensión y amor hacia la Iglesia, nuestra Madre, y hacia el mundo llamado a ingresar en la comunidad de los redimidos y consagrados; para ello debemos examinar nuestras estructuras y actitudes mentales. Este *aggiornamento* será un esfuerzo de transformación y de renovación.

En primer lugar debemos tomar conciencia de que el alma de la comunidad eclesial es la caridad real y tangible de los hermanos. En el Nuevo Testamento y en los documentos de la Iglesia de los primeros tiempos se habla de “discípulos-doce”, de “discípulos-pastores”, en nuestro lenguaje nos expresaríamos de este modo, “laicos-clérigos”; “pueblo de Dios-jerarquía”. Si bien el orden de los términos en estos binomios no reviste importancia literaria, con todo, desde el punto de vista de la pastoral tiene tal importancia que la misma historia puede comprobarlo. En aquellos tiempos la iglesia ante todo era la comunidad de los creyentes; el obispo era el miembro de la comunidad que tenía la misión de servicio de la comunidad, En la encrucijada de la historia, cuando la Iglesia fue reconocida oficialmente, tomó un camino, tal vez providencialmente, pero que no dejó de aparejarle algunos inconvenientes. La autoridad eclesiástica pasó a primer plano y a gozar de los privilegios de los jefes imperiales; la ley o jurisprudencia adquirió especial importancia de donde surgió una Iglesia de apariencias menos carismáticas y más jurídica y territorial. El mundo moderno se resiste a la concepción de una Iglesia que aparece como una Institución de poderosa organización internacional, y busca en ella una realidad

tangible que de un testimonio de comunión fraterna, donde la persona y la comunidad vital ocupe el primer puesto y donde lo constitucional este al servicio de la misma, donde se hable más de comunidad pobre y evangélica servidora de los hombres que de organización que goza de poderes y privilegios.

Esto hace pensar que tal vez las estructuras de nuestras instituciones puedan estar afectadas por estas características que merecen una revisión y reforma de modo que su fisonomía interior aparezca en una línea más carismática donde reine el espíritu de la primera comunidad de Jerusalén en la que los hermanos tenían una sola alma y un solo corazón.

Este testimonio será sin duda una predicación más elocuente y más eficiente en las presentes circunstancias ante las naciones que buscan una mayor integración y fraternidad.

## 6. “Kenosis”

Nada fácil resultará este *aggiornamento*, pues todo despojo entra en el misterio pascual de muerte y resurrección; despojo de poder, de prestigio; despojo de una filosofía, de una teología, de una forma de presentación de la buena noticia ya inadecuados; éxodo de instalaciones seculares para emprender un nuevo peregrinar por el desierto hacia la verdadera Jerusalén que no se instala en este mundo. Este *aggiornamento* es una *kenosis* total, una renuncia, un anonadamiento total a ejemplo de Cristo el Siervo de Yahvé, con la misión de ofrecer un testimonio vital ante el pueblo de Dios y ante las naciones, testimonio de la comunidad viva, dinámica y peregrina que vive de la promesa.

La crisis de la sociedad en busca de fraternidad universal trae como consecuencia una necesidad de ser Iglesia encarnada, que se hace presente por el testimonio vivo de las comunidades locales, más que por medio de una organización prestigiosa.

Nos inclinamos a pensar que son estas las estructuras que han producido una escisión entre la Iglesia y el mundo, que han producido “un corto circuito” que había que localizar.

## Conclusión

Toda esta problemática social y eclesial que preocupa al hombre de hoy, es preocupación de Iglesia. No cabe duda que nuestros países latinoamericanos están particularmente sensibilizados por esta doble problemática, de modo que en estos momentos la solución de estos problemas dará una fisonomía bien caracterizada e ineludible a la eclesiología de nuestro Continente sudamericano.

Nuestras Instituciones cenobíticas, insertadas profundamente en el corazón del misterio de Cristo y de su Iglesia y que además se están adaptando para responder mejor a una exigencia humana y espiritual en nuestro medio, deberán someterse a un examen de revisión de vida para ir descubriendo más y más el llamado de Cristo y de su Iglesia; deberán renovarse interiormente para crear verdaderas comunidades de caridad; deberán despojarse de estructuras, de actitudes mentales y espirituales; y frente al mundo deberán dar un testimonio de Iglesia histórica y trascendental mostrando el camino hacia la verdadera comunidad en el Espíritu, sin tensiones, sin escisiones que distancian y separan<sup>3</sup>.

*Abadía del Niño Dios, junio de 1968*

---

<sup>3</sup> Bibliografía: Son muchas las obras y folletos que hablan del tema, sin embargo, los principales son: *La tumba de Dios*, de R. ADOLFS, osa, ed. castellana de Carlos Lohlé. *Concilium* N° 29: “El ateísmo y la búsqueda de una unión real entre los hombres”, pp. 375 y ss., de J. Y. JOLIF; “El amor, fraterno vivido en la Iglesia y el signo de la venida de Dios” pp. 386 y ss., de H. M. FÉRET; “La conciencia cristiana y el subdesarrollo cultural y humano en el Brasil” po. 453 y ss de F. LEPARGNEUR.